
La Facultad de Teología en la formación del clero colombiano

· Monseñor Carlos José Ruiseco*

Celebrar cincuenta años de una institución eclesial a la vez creadora y formativa, significa rememorar en palabras y gestos plenos de amor y gratitud a aquellas personas del pasado hoy presentes o ausentes, a cuya sabiduría y fortaleza debemos lo que tenemos, y proyectarnos en oración y acción de fe y esperanza a un futuro promisorio de gestas aún mayores.

Para un ex-alumno esta celebración se plenifica en recuerdos imborrables que, a medida que surgen de la memoria colectiva, se afirman en sentimientos de la más pura gratitud. Permítanme que, al llevar la palabra por comprometedora e inmerecida invitación del Señor Decano de la Facultad, desenvuelva ante Uds. los recuerdos de lo que ella ha sido para nosotros como madre, como maestra y como hogar.

I. Alma Mater

“¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Levanta tus ojos y mira en derredor: todos se reúnen para venir a tí” (Is 49, 15).

* Arzobispo de Cartagena, Ex-alumno de la Facultad de Teología

La maternidad ha sido tema venerado por todas las culturas; es la característica de la mujer y a ella, junto con la responsabilidad paterna, corresponde mantener la supervivencia armónica de la humanidad.

Por eso, toda institución humana que, como una madre, engendre por amor, geste con esperanza, dé a luz con dolor y cultive con perseverancia, llámase adecuadamente madre en nuestra expresión cultural. Y dentro de la gama de instituciones nada más semejante a una madre que la Escuela.

El concepto de madre es relativo al de hijos: ¿madre de quién? De sus hijos; la relación maternidad-filiación produce infaliblemente una cadena de reacciones, de afectos, de memoria histórica, que marca al hijo de la madre-institución, distinguiéndolo de otros con certeza, y permitiéndosele un culto muy específico; por eso, con veneración, él la llama Alma Mater.

Es pues, la Escuela una Madre que, generosa y ubérrima, cría, alimenta y fomenta a sus hijos.

La maternidad, como todo lo vital, es un proceso de ilímites etapas, unas de febril actividad otras de recreante paciencia.

Primeramente, la cuidadosa preparación remota y próxima cuando la madre forma sus tejidos internos que acunarán al nuevo ser; solamente una reflexión muy posterior le aclarará el misterio de esa preparación en la que él fue mero objeto cuando se constituyó en único por qué de tan atinada programación.

Vino luego el nacimiento. Pero, nacer, para una madre no es el dolor de un día; se prolonga en cada noche y en cada suspiro; el hijo, como los santos de la liturgia, solamente termina de nacer de verdad cuando abandona el hogar para comenzar por sí de nuevo el ciclo vital. Nace a lo largo de años de una lucha mutua; la madre da forma humana al hijo: a veces suavemente moldeando, a veces dolorosamente cincelando.

Y pasa el hijo a la tercera etapa: un latente estado de filiación, despertado a la conciencia en los grandes aniversarios y en los momentos claves de toma de decisiones; pero un tiempo en el que se está cosechando el fruto de acciones pasadas, que le producen ahora una forma de vida propia, distinta, segura: es la personalidad adquirida, probada y eficazmente actuante: se reconoce hijo de su madre.

Así es Alma Mater esta Escuela de Teología.

No fuimos testigos los alumnos de toda aquella magna obra de Iglesia que la Compañía de Jesús en Colombia se propuso como objeto especial de su labor educativa. Primeramente fue hacer resurgir la Javeriana con sus facultades civiles, y más tarde, como quien dice hoy hace cincuenta años, coronar esos estudios humanos con una Escuela de Teología; obedecía esta empresa al primigenio ideal de los jesuitas, expresado así por el actual Superior General:

“Tengo por cierto que en los cuatro siglos de su historia, las instituciones educativas de la Compañía no se han fijado otra meta que la de penetrar profundamente en la Ciudad del Hombre para hacerla más justa” (Congreso Mundial de exalumnos, Versalles, 20 julio, 86) —y comenta el padre Gerardo Remolina agregando—: “La Compañía educa a sus estudiantes con una clara conciencia de la realidad del mundo en que se encuentran y con una mirada de fe que les permita transformarlo, llevarlo a la salvación”. (Convención Nacional de ASIAS, Bogotá, Mayo 1 del 87).

Si con el Derecho y la Ingeniería, con visión de fe, se transforma al mundo de salvaje en humano y de humano en divino, con la Teología lo llevará hasta el Corazón de Dios. (Cfr. Pío XII, Alocución en la Cruzada por la Bondad).

Así nació la madre Facultad y se preparó para gestarnos como hijos. Varias generaciones se han sucedido; los lugares, los métodos, los profesores habrán cambiado, pero la nómina de alumnos de cada año va testimoniando la fecundidad de la misma Alma Mater.

Y cada año va creciendo la Legión de ex-alumnos; los que ya no estamos en contacto permanente con la madre y hemos ido a establecer nuestras vidas propias, mantenemos, sin embargo, el vínculo de la filiación y ejercemos cotidianamente en la labor de Iglesia, aquel ministerio para el que la Facultad nos formó.

Antes que llamarla maestra docta y entregada, he querido tratarla de madre generosa y amante.

La Facultad es madre porque no solo da de su sabiduría, sino más bien de su fe y de su afecto; más que invitar a entrar en la casa sabia, conduce hasta el umbral del propio Espíritu; la Facultad no instruye, educa, es decir, revela lo que reposa dormido desde los albores del conocimiento (Cfr. Gibrán K., *El Profeta*, 17).

Los años pasados en la Facultad generan vínculos que superan con creces la transmisión de una doctrina; nos hacemos ser de su ser, nos alineamos en su Escuela, nos mantenemos interesados por su suerte, gozamos con sus triunfos y sufrimos con sus angustias.

Además, el hecho de que la Facultad congregue en su seno sacerdotes, religiosos y laicos en una u otra forma destinados a ser constructores de la Iglesia en Colombia, significa que se crea alrededor de ella una familia de hermanos, una Iglesia dialogal, con intereses comunes que ciertamente, dada la unicidad de su ministerio, gozarán de mayores oportunidades de mantenerse unidos, que los profesionales egresados de disciplinas civiles de la misma Universidad.

Es pues, la Facultad de Teología una madre fecunda que hace centro a muchos hombres de Iglesia que en las más diversas circunstancias están edificando el Cuerpo de Cristo y extendiendo su Reino.

II. Magister bonus

La seguridad que mantenemos los cristianos sobre el real funcionamiento del Cuerpo Místico, hace que nos sintamos firmes y felices en el magisterio de la Iglesia de Cristo, como en el de El mismo.

“Christus Dominus instituit in Apostolis magisterium authenticum perpetuo duraturum et infallibile”. Así rezaba una tesis de mis tiempos de estudio que, vertida en idioma del Vaticano II, suena de esta manera: “Ecclesia in sua doctrina, vita et cultu, perpetuat, cunctisque generationibus transmittit omnia quae ipsa est, omne quod credit” (Dei Verbum 8 a).

La Iglesia es la Maestra buena, esposa del Maestro bueno, Jesús (Mc 10, 17); solo Dios es bueno, afirmaba El (Mt 19, 17), asegurando a la vez su divinidad y la unicidad de la Bondad.

Y es que la Iglesia es Maestra buena por lo mismo que es verdadera o, como diría el padre Eduardo Ospina, *verum et bonum et pulchrum convertuntur*.

Bella es la Iglesia cuando enseña. La Ecclesia docens, la del magisterio, ejerce funciones de madre: Madre bella, Maestra buena. Y la Iglesia viva, la total, es buena y bella cuando comparte el magisterio en auténtica comunión “ita ut in tradita fide tenenda, exercenda, profitendaque singularis

fiat Antistitum et fidelium conspiratio”, como dice el Concilio (Dei Verbum 10a).

Esa común inspiración tiene sus órganos propios, muy delicados por cierto, en las facultades de Teología. El inmortal y magistral Pío XII, bajo cuyo pontificado se fortaleció esta Facultad y se hizo pontificia, enseñaba así:

“A toda su Iglesia ilumina Cristo, maestro venido de Dios para dar testimonio de la verdad (Jo 3,2; 18,37); a la naciente Iglesia apostólica la ilustró de tal manera que Pedro replicaba: ‘A dónde iremos, Señor, si solo tú tienes palabras de vida eterna?’. Y así, hasta el día de hoy, a nosotros peregrinos, El nos infunde la Luz de la fe; a los pastores y doctores proporciona los dones de entendimiento, de ciencia y de sabiduría para que la conserven fielmente, la defiendan con valentía, la enseñen con diligencia y la corroboren con su vida” (Encicl. Mystici Corporis, AAS 35, 216).

Nadie es bueno sino Dios, decía el Maestro. Y nosotros retornémosle: en *la Iglesia nadie es bueno sino el Maestro*.

Es pues vocación de la Facultad de Teología dejar hablar al Maestro, hacer hablar a la Iglesia, maestra buena. Obviamente, la Iglesia, como organismo vivo, se perfecciona continuamente en un proceso de encarnación constante de la Palabra en la humanidad, y va implantando el Reino por doquier de maneras cada vez más ingeniosas. Hay épocas en la Iglesia, y en la teología también.

Los cincuenta años de nuestra Facultad, que parecerían mínima parte de los 2000 de la Iglesia, son sin embargo inmensamente reveladores para comprender los cambios de época.

Hoy hace 25 años se cumplían los primeros cinco lustros de la Facultad; ignoro cómo los celebrarían; pero estoy seguro de una cosa: ese día estos claustros no miraban hacia atrás, como hoy hacemos, para contar un cuarto de siglo de hechos y vidas; su vista se proyectaba hacia lejos, hacia Roma, a donde iban ya llegando los padres del Concilio Vaticano Segundo que habría de hacer reformular en mucho y reensasar del todo la teología de Universidades y Seminarios.

Son dos períodos, de un cuarto de siglo cada uno, que marcan cuatro o cinco generaciones. Considero una gracia muy especial de Dios el que a mí me tocara formar parte de la generación privilegiada: habíamos adquirido una elaboración teológica madurada ya en su plenitud, y mediante ella supimos asomarnos a la nueva Iglesia que se fue abriendo para nosotros,

como un libro, página tras página, sin saltos, y, en esa medida, la íbamos viviendo al lado de nuestro pueblo cristiano y al calor de nuestra todavía reciente unción sacerdotal.

¿Cómo olvidar el momento en que nuestra generación entrevió que iba a pasar a la historia como la generación del Concilio? Un enero el Pastor Bueno Juan XXIII anuncia el insólito de convocar un Concilio y ya a mitad de año nuestro Decano de Teología, anticipándose a la dinámica de diálogo, nos extiende la consulta hecha a él por la Santa Sede sobre temas y modalidades del cercano evento universal.

Si para algunos fue trauma de vértigo pasar el puente del Concilio, y si para los más recientes sería falla desconocer la riqueza del pretérito, para nosotros fue suave y alegre noticia el sentir a la Iglesia toda preocupada por la reforma de teología, de ministerio y de vida. Es que la Javeriana nos tenía preparados: aquí absorbimos el movimiento litúrgico y el bíblico, aquí aprendimos el ecumenismo, la kerigmática y la ministerialidad de la Iglesia.

Me he preguntado por qué fui invitado a hablar hoy en tan solemne ocasión, y sospecho que tal vez fue mi condición de actor de la visión que he presentado. Pero es claro que cada uno de los alumnos de estos cincuenta años tiene derecho a exponer su vivencia teológica en la Javeriana; y estoy seguro de que nos comunicarían parte de sus valiosas existencias, modernas y hasta heroicas; sin duda aprenderíamos que la teología fría y abstracta de una aula pasa a vestirse de la alegría y la simpatía de una vida. Pero no se nos diga que la era preconiliar, por lo profunda y mística, fue aburrida, o que la Facultad de otrora no enseñaba a Dios Amor sino a Dios-Amo. Hoy se vive, ciertamente, una época más creativa; hasta nos damos el lujo de exportar teología al Antiguo Continente cosa impensable entonces. Pero tal vez la estabilidad doctrinal de tiempos ya superados permitían que a estos fríos y ventosos claustros poblados de severas figuras de maestros y escolares embozados en medievales togas negras, se asomara Dios no solo como Amor sino también como Humor. Y así, un serio profesor como el padre Efraín Zuluaga cuando notaba que la tesis dogmática amanecía fría e indigesta, descendía del estro teológico a la realidad humana, y nos recitaba recortes de revista que caldeaban el ambiente, como aquel de “la madama Clara manda a la rapaza Marta a la plaza: las naranjas malas, las manzanas pasadas, nada para la salsa...”

Si el Dios que aquí aprendimos no fuera también Dios-Humor, pasaríamos a la categoría paulina de miserabiliores omnibus hominibus (1 Cor 15, 19).

III. Sacer Lar

La teología se elaboró en la Edad Media cuando se descubrió la utilidad de lo que hoy sería el trabajo en equipo; un equipo a la altura de la época, naturalmente: un lector en la cátedra, un repetidor en un banquito y unos auditores en rústicas bancas dispuestas en semicírculo.

Los estudios dejaron de ser particulares y se hicieron generales; y cuando fueron universales, nació la Universidad.

El equipo de maestros y discípulos llegó a ser una familia; sabemos muy bien que familia no es casa, familia es hogar, y el hogar es fuego, y el fuego es de Dios.

Los que no estudiaron teología ni la enseñaron, pero sí la conocieron y la vivieron y la proclamaron, al estilo de Francisco de Asís, veían a Dios en el fuego hermano. No hay Dios donde no hay fuego; y una Facultad de la Iglesia goza de ese fuego y por tanto es hogar.

Es un hogar sagrado: sacer lar. La Facultad de la Javeriana fue concebida para enseñar Sagrada Teología; fue diseñada para formar no otra cosa sino ministros sagrados, consagrados, es decir, sacerdotes. En mi curso solo hubo un laico, que por aquí debe estar, convertido ya en experimentado clérigo.

Hoy la Facultad tiene muchos alumnos laicos, alumnas religiosas: son futuros agentes de la pastoral profética y social de la Iglesia; y de ellos al igual que de los sacerdotes, podemos decir que la Facultad no los forma solamente como teólogos, sino como teófilos; no van a dictar teología en cadena infinita de sabios, van a entregar a otros a ese Dios que aman por vocación.

Pero volvamos a los sacerdotes: son los hombres que en una Iglesia despojada ya de sabor clericalista, tienen el carisma y la misión de la santificación del Pueblo de Dios. Frecuentan estas aulas para beber no la erudición de la teología, sino la aplicación de la Gracia de Dios. Algo va de la facultad de Filosofía a la de Teología; esta no es como su ancilla, mera formadora de mentes y de corazones; la teología va a formar en el individuo ese Dios que todos desde el bautismo llevamos dentro, va a darle forma humana al Verbo, a encarnar a Dios en los labios y en las manos del consagrado. La teología pone en funcionamiento ad extra la inhabitación de la Trinidad; y así, “durante la acción (apostólica) mientras se desempeña exteriormente el oficio de Marta, el alma puede permanecer siempre adorante, inmersa

como María Magdalena en su contemplación, aprovechando ininterrumpidamente esa fuente” (Beata Isabel de la Trinidad, Cartas, Al abate Chevignard).

Más que ningún otro centro educativo, la Facultad de Teología hace un programa del lema que podría grabarse en su frontispicio: ‘Non scholae, sed Vitae’.

El cardenal Daniélou, eiusdem societatis, que fuera ocasional profesor del episcopado colombiano hace quince años, escribió en sus memorias: “En mi recordatorio de ordenación elegí como texto ‘también vosotros debéis dar la vida por vuestros hermanos’. Si uno no admite que distribuir los sacramentos es una función absolutamente esencial, no entiendo qué motivo puede tener hacerse sacerdote; si pretende dar testimonio del ideal evangélico en medio de un ambiente humano, cualquier laico cristiano puede hacerlo y muy bien. Lo que hoy se está perdiendo es una concepción de lo específico del sacerdocio, a imagen del Cura de Ars, poco inteligente y lleno de tentaciones, pero portador de un yo-no-sé-qué místico”. (Memorias, Bilbao 1975, p 53).

Gloria y corona de la Facultad son los centenares de pastores, jesuítas, de otras órdenes, diocesanos, que a lo largo de cincuenta años han asimilado aquí la teología no para erudición científica ni por el placer del ejercicio escolástico, sino para ofrendar cotidianamente su vida a Dios y entregarla por sus hermanos.

Al llegar a este punto, permítaseme un excursus para hablar de un hermano menor de la Facultad de Teología que vino a la vida cuando se necesitó quien la acompañara en su quehacer de formar sacerdotes. Me refiero al Colegio Eclesiástico Aloisiano.

En la mente visionaria del padre Jesús María Fernández no podía faltar una institución que, como los convictorios de Roma previstos por San Ignacio, acogiera a los alumnos teólogos y proporcionara el ambiente de un seminario suficientemente propicio para que la vida espiritual y la experiencia eclesial fueran ofrecidas como recipiente oportuno a la teología que se habría de encarnar.

De 1951 a 1972 vivió el Aloisiano; ni siquiera alcanzó la suma de años de su patrono San Luis Gonzaga. No digamos que murió, pues respira aún en la

nostalgia sana de sus ex-alumnos y en la beneficiosa fundación de su nombre. Vive también en la esperanza de que un día el Episcopado y la Compañía encuentren la convergencia de ideales acariciados por todos —responsables de la Facultad, obispos y alumnos mismos— para restaurar tan fructuosa iniciativa.

Todo adulto custodia con especial fidelidad los recuerdos de su juventud, la época que lo marcó en lo que él es hoy, y en lo que pudo haber sido y no fue. Si las personas de nuestra niñez toman a veces cara de fantasmas psicológicos, y si las gentes con que hoy nos relacionamos no pasan a menudo de ser objeto de transacciones percederas, no hay duda de que los formadores y los colegas de la época de estudiantes se elevan a la categoría de personajes en la historia individual.

Se me antoja bajarme ahora de este escenario y correr a abrazar a unos cuantos, desabrochar sentimientos bien guardados y hacer saltar los resortes del idioma arcano de la convivencia fenecida pero no olvidada, hasta reír con lágrimas o llorar de gozo.

¿Cómo no rememorar los nombres al menos de algunos de los jesuítas vinculados al Aloisiano y que han pasado ya a la Pascua definitiva? Ellos hicieron del Colegio Eclesiástico el destino sacro de su vida religiosa y contribuyeron, cada uno en su carisma, a la formación del clero de nuestras diócesis: el padre César Pérez y el hermano Mendizábal, fundadores ambos; los padres Manuel Restrepo y Liborio Restrepo, los dos aporte del clero diocesano a la Compañía de Jesús; y otros como Gustavo González, Ignacio Sicard y Luis Carlos Ramírez. Y entre los vivos, reduciéndome al tiempo mío, déjenme pronunciar un solo nombre de Rector, el del padre Jesús Sanín Echeverri.

El haber formado numerosos sacerdotes diocesanos en el Colegio Eclesiástico Aloisiano, constituye una mayor razón de existir para la Facultad. Esta es en verdad el Sacer Lar, un altar sagrado, un fuego divino, inextinguible, prolongado en gracia infinitas del Señor, que hace maravillas con las manos y los labios de hombres consagrados en el sacerdocio de su Hijo, y santifica al mundo con la ciencia de Dios hecha servicio sacro.

Conclusión

Permítanme para concluir que tome la vocería de los ex-alumnos de la Facultad, aún más, déjenme hablar en nombre de la Iglesia colombiana para decir a la Compañía de Jesús, a sus pioneros de hace medio siglo y a los

responsables de hoy, superiores provinciales, rectores de la Universidad, decanos de la Facultad, profesores, investigadores, colaboradores: gracias por haber soñado y plasmado la obra de continuado beneficio que hoy conmemoramos; gracias por habernos hecho partícipes del genio ignaciano de presencia eclesial en el mundo; gracias por convocarnos hoy para revivir goces y glorias; y ayúdenos a proyectarnos, acompañados de muchos hijos, hacia infinitos cielos en donde no habrá llanto, ni dolor, ni noche, porque el Señor Dios esparcirá luz sobre los hombres nuevos y ellos serán reyes por toda la eternidad (Cfr Apoc 22,5).

Que convirtamos en realidad eclesial la imagen poética de un contemporáneo, filósofo de la vida, el autor de Juan Salvador Gaviota, que así cierra una secuencia:

“Al anochecer, Juan se hallaba tranquilo y solitario en su querido cielo. Dos gaviotas aparecieron muy cercanas a sus alas. Eran puras como luz de estrellas y su resplandor era suave y amistoso en el alto cielo nocturno.

Lo más hermoso de todo era la habilidad y precisión con que volaban.

— ¿Quiénes sois? —preguntó Juan Salvador—

— Somos de tu bandada, Juan; somos tus hermanos.
(Las palabras eran firmes y serenas).

— Hemos venido a llevarte más arriba, a llevarte a casa.

— Casa no tengo y bandada tampoco; soy un exiliado.
Unos pocos metros más y no podré levantar más este viejo cuerpo.

— Sí que puedes, Juan. Porque has aprendido. Una etapa ha terminado y ha llegado la hora de que empiece otra.

Tenía razón. El era capaz de volar más alto y ya era hora de irse a casa.

Echó una larga y última mirada al cielo, a esa magnífica tierra de plata donde tanto había aprendido, y dijo al fin:

— Estoy listo.

Y Juan Salvador Gaviota se elevó con las dos radiantes gaviotas para desaparecer en un perfecto y oscuro cielo. (Bach R., Jonathan Livingston Seagull, trad. castellana, Barcelona 1973, pág. 46).